

Las constantes de la vida de Heredia (1)

En la mañana del 2 de mayo de 1839 el poeta José María Heredia y Heredia se dispone a despedirse del mundo. Ha llegado para él un momento de quietud, de serenidad, de apaciguamiento, de melancólica resignación. Ya no es el poeta sino una sombra, un espectro de sí mismo. “Les advierto para que no se espanten, que no me van a ver a mí, sino a mi sombra o espectro”, escribe a su madre en ese día de tan hondos recuerdos.

Es la última carta de Heredia. No puede escribirla por sí mismo. Se vale de un amanuense. Si no acudiese a este extremo, “sólo podría escribir unos cuantos renglones y tan malamente, que darían lugar a mil cavilaciones siniestras”. Vive Heredia desde hace unos meses en México después de haber dejado su refugio de Toluca, ciudad demasiado alta y demasiado fría para su frágil salud. No ha abandonado la altiplanicie mexicana y puede repetir a cada momento, con el viejo texto: “Viajero, has llegado a la región más transparente del aire”.

Conoce bien el poeta este ambiente sutil y de prodigiosa luminosidad. En una de sus páginas postreras, llena de detalles exactos, precisos, minuciosos, su “Viaje al Nevado de Toluca”—ha ponderado con emoción lírica el mágico efecto de la transparencia de aquel aire. “Entonces pudimos disfrutar en toda su grandeza la vasta perspectiva que ofrecía la mitad del valle

de Toluca y el aspecto sublime de los olmos altísimos y desnudos que coronan el cráter del volcán, y dibujados en el azul profundo del cielo se nos presentaban en una proximidad casi aterradora por la extraordinaria transparencia del aire”.

El alma del poeta se siente inundada de esta luz en la mañana de aquel día en que escribe su última carta. Hay en torno suyo como un silencio sigiloso. Una honda soledad le envuelve en esta hora de quietud. ¿Qué aguarda el poeta del mundo? Ha despedido a su amanuense; estas cosas tiene que escribirlas él por sí sólo, directamente, sin ajeno auxilio. Escribe una posdata a la carta que acaba de dictar. La letra es temblorosa y fina. Dice a su madre, la gran confidente de todas las horas: “Porque sé que le será de mucho consuelo si no volvemos a vernos, diré a su merced que me he preparado a lo que el Señor disponga con una confesión general y que he de vivir y morir en el seno de la iglesia”.

Todo está dicho sin énfasis, sin el menor tono romántico. Todo es intimidad, evocación, recuerdo. ¿Por qué no acompañamos al poeta en este viaje introspectivo? ¿Por qué no nos disponemos a sentirle en este íntimo rescate de su verdadera y definitiva personalidad?

Con una luz desconocida ha visto el poeta su trayectoria ondulante, diversa, el “corsi y ricorsi”, para emplear la terminología de Vico, de toda humana existencia. En esta ondulación, en esta sucesión de momentos diversos, contradictorios, ¿cuáles son las constantes características? ¿Cuáles son los puntos de donde converge el misterioso fluir de la vida interior? Todo lo ve Heredia con una mágica transparencia en la hora del recuerdo y de la postrera despedida. Ensayemos una interpretación de aquellos momentos inefables.

POESÍA Y NIÑEZ.

Lo que primero ve, lo que está mirando con los ojos húmedos es una niñez prodigiosa. He aquí la primera constante de

aquella vida: el prodigio de la infancia. Ha comenzado con la existencia misma el espíritu de los viajes: Florida, Santo Domingo, Venezuela. Sólo tiene el poeta diez años. Con el padre Correa se inicia su vocación humanística. Hay un preceptor mucho más íntimo: su padre el magistrado. Un fragmento de una carta del Regente nos dice más de aquella niñez estática que cuantos documentos puedan encontrarse en el mundo. "A José María que estudie todos los días su lección de lógica y lea el capítulo del Evangelio de las cartas de los Apóstoles y los Salmos como lo acostumbraba a hacer conmigo todas las tardes; que repase la doctrina una vez a la semana, y el Arte Poético de Horacio que le hice escribir, y de Virgilio un pedazo todos los días y los tiempos y reglas del Arte, para ponerlo a estudiar Derecho cuando venga aquí y darle su reloj si lo mereciere con su obediencia y buena conducta en este tiempo". Toda la infancia del poeta se ilumina con estas palabras minuciosas de la carta familiar: estas normas de estudio y de conducta nunca las olvidará el propagandista convencido y elocuente de las ideas liberales.

Ya hacía versos en aquellos años infantiles. Ve el poeta en esta hora de la evocación un libro rojo, de cantos dorados, de impresión nítida, adornado con una profusión de grabados en madera. Son las poesías de Florian. Las recordó Heredia en su primer manuscrito, los Ensayos Poéticos. En el soneto dedicatoria al Marqués de Casa Ramos de la Fidelidad, escribió:

Tú de Florian las obras me prestaste,
a Florian imitar he procurado;
tú tal atrevimiento no esperaste...

He aquí una de las primeras influencias que pesan sobre Heredia olvidada por todos hasta que llamó la atención sobre ella un joven erudito cubano, de gran sentido crítico, a quien prematuramente arrebató la muerte: Enrique Larrondo. El caballero Florian, muy francés, muy siglo XVIII, dará a esta poesía in-

cipiente de Heredia su fondo razonador, su ética concreta. El poeta pronto lo olvidará: cuando forme su primera colección de poesías destinadas a la imprenta, casi eliminará el fabulario traducido o imitado de Florian; persistirá sin embargo, en su obra, durante mucho tiempo, este fondo de moral práctica, de ideología liberal, tan característico de los tiempos de la enciclopedia y reflejado en las composiciones del fabulista francés.

INICIACIÓN DE LA LIBERTAD.

Acabamos de escribir unas palabras que son fundamentales en la vida de Heredia: ideas liberales e ideales de liberación, de libertad, en seguida vienen a la mente. En la poesía y en la vida del artista, desde este tiempo de la niñez hasta sus años más solitarios de México, estas ansias profundas, estos ideales han de persistir. Una de las poesías más largas de Los Ensayos, una de las finales, es la "Canción con motivo de la abolición del comercio de negros". Había ya en la niñez de Heredia un inflamado acento de libertad:

al Africa dirige su camino,
a do lleva el espanto,
el dolor, la tristeza, el luto, el llanto.

No olvidemos el epíteto. Empieza a delinearse en el espíritu infantil del poeta el sentimiento de lo americano, de lo autóctono, que ha de ser más tarde la nota esencial en el arte de Heredia.

Junto a la precocidad artística, junto a la poesía de la niñez, está sintiendo Heredia el comienzo de un largo y cotidiano dolor. En 1820, a poco de morir su padre, el Regente austero ha escrito una carta al Virrey de México pidiendo dispensa para sus estudios: "su padre ha muerto y tiene que atender a la manutención de su madre y de cuatro hermanos que no han salido de la niñez". Pobreza extremada, lucha por el diario vivir. No olvidemos este tema de la pobreza que nos ofrecen estos documen-

tos olvidados. Los mismos hablan ya de la vida infortunada de Heredia y son una espiritual concordancia con las futuras cartas familiares, en las que el poeta, completamente olvidado de la actitud literaria, cuenta de sus conflictos cotidianos, de sus pasadas luchas políticas, de su pensamiento, de la patria lejana, de su pérdida de fe en las libertades de América, de la cruel desesperanza que hasta su muerte había de colmar su corazón apasionado.

SENTIMIENTO DE LA AUSENCIA.

Niñez estática, iniciación de la poesía, sentido firme de la libertad, pobreza y dolor cotidianos ¿qué ven ahora los ojos del poeta que siente desgarrada su alma por la más íntima amargura? La ausencia de la patria, el sentimiento de la ausencia, la soledad que se hace sangre, aliento y vida imperecedera de su poesía.

Acaba Heredia de cumplir veinte años. De 1821 a 1823 vive en Cuba y es ésta, después de la niñez, la más larga residencia en su patria de nuestro poeta nacional. Estos años fueron una continuada invasión de la literatura, del artificio retórico en su vida. Pesaban sobre él con recia pesadumbre las tradiciones de los poetas salmantinos del siglo XVIII. Ahora esta poesía va a sufrir un cambio esencial. No serán el amor imaginario, ni la débil ficción romántica los motivos de su obra. Esta poesía va a ser desde ahora una evocación constante, un perenne anhelar de la lejana tierra nativa. Todo el espíritu del poeta gira en torno de esta ansiedad dolorosa; toda la vida de Heredia tiene su centro en estas soledades de la tierra natal.

Una frustrada conspiración política (la de los solés de Bolívar) obliga a Heredia a alejarse de Cuba. Tres años pasaría para que volviese a ver el cielo, el mar, el campo de su patria. Sentía aquella luz, aquella brisa suave, aquella ternura, que empapaba el ambiente, como si fuese la última vez. Nunca

más volvería a sentirla de la misma manera. Cuando pasase el largo tiempo y volviese fugazmente a Cuba, seguiría siendo en su patria un triste desterrado.

POESÍA CIVIL INTERNA.

En su verdadera intimidad el arte de Heredia es poesía de ausencia, evocación y recuerdo. Estas son unas palabras de su carta del Niágara: "¡Qué noches! Casi en las orillas del sublime Ontario, a vista de la luna que se levantaba gloriosamente por detrás de las alturas de Queenstown y oyendo el ruido vago y distante de la gran catarata, que traía la brisa del sur hasta mis oídos. Ya considerarás que habiéndome dormido entre tales objetos fueran mis sueños extraños y maravillosos. No; soñé con Cuba y con San Juan a las orillas del Niágara y entre las escenas más sublimes de Norte América".

El pasaje de la carta tiene una íntima concordancia con el gran momento lírico de su oda al Niágara:

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
con inútil afán? ¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa,
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen
y al soplo de la brisa del océano,
bajo un cielo purísimo se mecen?

Poesía patriótica, poesía civil interna llamé en uno de mis ensayos juveniles a la síntesis lírica del pasaje del Niágara. Poesía de intimidad, poesía de evocación, poesía alusiva: ¡cuán lejos sentimos ahora la opulencia descriptiva de la misma oda! De la misma manera en la vida del poeta va desvaneciéndose el personaje de romántica prestancia, de énfasis teatral, de retóricas actitudes. Estamos ahora en 1825. Publica la primera edición de sus poesías. Su nombre lo consagran los grandes maestros humanistas: don Andrés Bello, don Alberto Lista. Podía

escuchar como al fin de su pequeña obra maestra los ecos de su fama. ¡La fama a los veinte y dos años! Niñez, juventud cargadas de prodigio.

SENTIDO DE LA DEMOCRACIA.

Heredia, poeta de la libertad, acaba de vivir por primera vez en su vida, en un auténtico clima de libertad. No sentía sobre su corazón la cruel mano de hierro, recordemos la expresión de una de sus cartas, que le oprimía allá en los campos de su patria. Hombre de tierras solares, no puede resistir el largo invierno de Nueva York, de Boston, de Filadelfia, las ciudades del poeta en sus años de Norteamérica. Su madre, por la que sentía una obediencia, un respeto conmovedor, junto con el más tierno afecto, le da su permiso para marchar a México. Va a un escenario completamente nuevo, pues sólo alcanzó en su adolescencia el México colonial. Nuevo y vastísimo.

Ha de envolverle un ambiente de la más compleja y fuerte americanidad. No será sólo un poeta, el poeta de Cuba. Será un hombre continental. Desde este punto ya comienza a ser poeta del americanismo, como le llamó uno de sus más penetrantes críticos, don Manuel Sanguily. Poeta del americanismo, es decir, de ese sistema de ideas "cuyo término es la federación, cuya base es la autonomía, cuya forma es la república y cuya esencia es la democracia". Pero no insistimos en este aspecto de la vida y la obra de Heredia porque sobre el mismo vamos a oír en seguida palabras esenciales.

Desde 1825 hasta su muerte vive Heredia en México, con el leve paréntesis de su viaje a Cuba, en 1836.

En este día de la confesión general, de las supremas evocaciones, de la postrera despedida ¡con qué lucidez, con qué penetrante mirada está viendo el poeta su larga, azarosa y formativa etapa mexicana! ¿Conservaría Heredia en su archivo familiar estos discursos cívicos, estos discursos parlamentarios, estos

discursos forenses que hoy, al cabo de un siglo, son la mejor justificación histórica del poeta? Son su grande y definitivo retrato moral. En medio del torbellino revolucionario, perseguido, "unas veces por montes y sierras como bestia feroz", luchando otras cuando ha vencido en la contienda civil, por encauzar en el derecho la furia desmedida de los vencedores, vive Heredia en estos años decisivos la gran tradición de juridicidad, que aprendió a sentir en su niñez junto a su padre el Regente.

Era por aquellos años, como le había dicho en una admirable carta don Tomás Gener, un hombre de americanismo notorio. La prensa mexicana le consideraba "el poeta más distinguido de este suelo y acaso de toda América". Había tenido la amistad de Víctoria, el presidente que sucede a la confusa interinidad que sigue al trágico fin de Iturbide. Víctoria era un hombre de pueblo, según la expresiva pintura de Zavala, porque su nacimiento, su trabajo y su fortuna habían sido para el pueblo. Heredia, en medio de múltiples vicisitudes se mantendrá fiel al recuerdo de esta amistad. Y en ese mismo período presidencial comenzará a vivir las guerras civiles fratricidas.

¿Cómo siente su deber para con la democracia en estos años de trágica turbulencia? Nos lo dirá con elocuentes, precisas y generosas palabras. En uno de sus discursos cívicos definidores: "gloriosa y noble es la carrera, dice el poeta, que nos abre el gran deber de conservación y defensa de nuestra libertad depositada en la constitución. Jamás olvidemos que la justicia es la base de la libertad, que sin justicia no puede haber paz, y sin paz no puede haber confianza ni prosperidad, ni ventura. Desconfiad de los hipócritas odiosos que con la patria en los labios y el infierno en el corazón quieren apartarnos de nuestro deber. Si os dejáis llevar de su voz pérfida, por el camino de la inmoralidad y de la injusticia, de círculo en círculo como en el infierno de Dante, bajaréis a sepultaros en el abismo pavoroso del crimen y precipitaréis con vosotros a la patria. Esta no debe un tributo de sangre al caprichoso furor de particulares

ambiciosos, aunque cubran sus tramas con el velo augusto de la voluntad del pueblo. El pueblo no tiene más voluntad legítima que la manifestada por sus órganos constitucionales, que es la ley, ante cuya presencia majestuosa deben enmudecer las privadas. La más noble prerrogativa de los gobiernos libres es que la suerte de los hombres no depende de ellos, sino de la voluntad de la ley, de la ley universal e impasible. ¿Y esta sublime garantía no es una cruel decepción cuando todo malcontento atrevido saca la espada para reformar el estado a su criminal antojo? ¿Qué libertad es ésta sino la horrible de los crímenes? No, conciudadanos, todo el que con cualquier motivo quiera sobreponerse a los poderes legítimos es un enemigo público, es un traidor. Ya es tiempo de que se rompa la balanza sacrílega en que un puñado de furiosos quiere pesar los destinos de un gran pueblo. Unión moral y respeto religioso a las leyes, o sólo habrán perecido quinientas mil víctimas para dejarnos un cielo amenazador, cubierto con las nubes sangrientas de la anarquía”.

Estas palabras se pronuncian en el famoso discurso de Cuernavaca, el 16 de septiembre de 1828. Son sencillamente el credo democrático de Heredia. Es ésta la afirmación íntima de su democracia. Frente a la inminente anarquía, hablaba de la ley universal e impasible. Frente a la orgía de sangre hablaba de sagrados deberes de paz. Frente al imperio de la fuerza hablaba del Derecho creador y perenne. A la sazón, Heredia tenía 24 años. Ya se sentía para siempre unido con aquel país atormentado. Allí se había casado hacía poco tiempo. Era su mujer Jacoba Yáñez, hija de don José Isidro Yáñez, un magistrado íntegro, que suscribió el acta de independencia mexicana y había sido compañero en la Audiencia del padre del poeta.

¡Cómo sentía el gran lírico este recuerdo paterno! Qué asombroso paralelismo hay entre los últimos años del magistrado historiador, del hombre que cuando Monteverde, general victorioso, le dice en cierta ocasión solemne: “aquí todo está tranquilo”, imperturbable le responde: “en ninguna parte hay más

tranquilidad que en un desierto o en un camposanto"; qué asombroso paralelismo hay entre el hombre de la tradición jurídica en medio de las cinco revoluciones de Venezuela y nuestro gran poeta nacional en sus últimos años!

AFIRMACIÓN DEL ESPÍRITU.

Cuando Heredia define la democracia en la forma que acabamos de ver, todavía su admirable oración cívica puede ser impresa oficialmente por la junta patriótica de Cuernavaca y en la imprenta del gobierno, de Tlalpan, dirigida por el ciudadano Juan Matute González.

Mas luego no ha de definir tan sólo la democracia, sino ha de querer vivirla en sus nítidas esencias; no ha de andar solo con el espíritu, sino ha de vivir sólo con el espíritu y entonces se verá caído, postrado, arruinado, perseguido y por todo esto, a los cien años, podemos verle hoy con reverencia y con una honda y callada emoción. Pudo decir la cortesana palabra: pudo decir el áulico elogio. Dijo tan sólo la verdad, su verdad, nuestra verdad el general Santa Anna, el presidente indiscutido en aquellos años, de quien el poeta había sido su secretario, su amigo, su confidente.

"Una dolorosa experiencia —son las palabras de Heredia— tomada principalmente de la historia de América y en particular de nuestro país, debiera convencernos de que estos honores (se quería dar —se dió— el título a Santa Anna de Benemérito de la Patria) sólo puede concederlos de una manera irrevocable y segura el juicio imparcial de la posteridad. Muchos caudillos que recibieron en vida la apoteosis por haber presidido la libertad de su patria, embriagados luego por el poder y trastornados por el incienso de la adulación han marchitado sus laureles con atentar a las libertades públicas e intentado reivindicar como una herencia el despotismo que destruyeron".

Envolvió a Heredia una espantosa soledad cuando pronunció su discurso parlamentario, de donde procede este fragmento.

Era el 7 de marzo de 1833. Santa Anna fué proclamado Benemérito de la Patria. Heredia había sacrificado por una cuestión de conciencia su carrera política.

LAS HÚMEDAS RELIQUIAS DE SU NAVE.

Todo lo evoca, lo vuelve a vivir el poeta con una suave tristeza. Todo lo ve como si fuera la última vez. Recuerda sus fugaces días de Cuba en 1836. "Ángel caído" le llamó uno de sus más íntimos amigos. Otro, cubano ejemplar asimismo, confesó: "después de haber hablado con él me parece menos terrible su falta".

Sin amigos, sin amigos íntimos, de los lejanos días de Cuba, Heredia iba a volver de nuevo frente a las cosas familiares. Iba a recorrer el cafetal de su tío Ignacio, a ver el bosque de palmas, a sentir la estación de los nortes, a gozar de la brisa, a deleitarse con el mar. Están delante de él las cosas de su adolescencia. Van a hablarle con la misma voz de ayer. Le hablan, pero el poeta siente un gran vacío en su corazón. ¿Han sido quiméricos todos sus ideales? ¿Todo fué una ilusión fugitiva? Vuelve el poeta a dejar la patria. La deja para siempre.

Ya sabe en esta hora que es para siempre. Ha ido purificándose en los largos días solitarios. Soledad, pobreza, evocación, recuerdo. Intimidad, calor de vida familiar. Su mujer, Jacoba Yáñez, es la encarnación de la "ideal esposa" que cantó en los "Placeres de la melancolía". A ella consagró la última edición de sus versos. A ella fueron sus poesías como "las húmedas reliquias de su nave".

Esas sagradas reliquias las recogemos en los días apresurados que corren y sentimos su fúlgida luz. Luz del espíritu, luz impercedera, porque en ella vemos sangre y dolor de la vida y la afirmación serena y heroica de una actitud de conciencia.

Porque a la postre sentimos en ella a los cien años, a un hombre que pudo decir con San Pablo y con apasionado acento de verdad:

“Si andamos en el espíritu, vivamos también en el espíritu”.

JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO.

(1).—Leído en la sesión solemne celebrada el 7 de mayo de 1939 en la Academia Nacional de Artes y Letras, de La Habana, para conmemorar el centenario de la muerte de José María Heredia.